

Naciones en tierra de nadie

El Estado-nación ante la implosión de la globalización y el retorno de la soberanía como arma

El modelo de Estado del Bienestar que emergió de las ruinas de la Segunda Guerra Mundial fue, en su momento, una respuesta racional a una crisis civilizatoria. La devastación del conflicto hizo evidente que el mercado sin control y el nacionalismo exacerbado conducían al abismo. La respuesta fue un pacto: el Estado garantizaba seguridad económica y social a cambio de legitimidad política. Durante décadas, ese acuerdo sostuvo la paz y la prosperidad en el mundo occidental.

Ese pacto se ha roto. Y lo que ha emergido en su lugar no es el horizonte postnacional que muchos analistas anticipaban, sino un paisaje más turbulento, más contradictorio y, en muchos sentidos, más peligroso. Para entenderlo, conviene hacer un doble movimiento: recuperar el diagnóstico que ya se hacía sobre la transformación del Estado-nación y someterlo a la prueba de la actualidad.

I. El Estado en la encrucijada: del bienestar a la seguridad

La globalización no fue solo un proceso económico. Fue también una reconfiguración profunda de las lealtades, las identidades y las expectativas políticas. El Estado del Bienestar, que pretendía generar orden y concordia social cuidando de sus ciudadanos, fue perdiendo gradualmente su capacidad para protegerlos frente a los efectos de la crisis económica sistémica: la incertidumbre laboral, la competencia de mercado sin fronteras, los flujos migratorios masivos.

A ello se sumó el impacto del terrorismo globalizado del siglo XXI, que aceleró una mutación profunda en la función del Estado: el tránsito del Estado Social al Estado de Seguridad. La función redistributiva fue cediendo terreno a la función penal y de control. El ciudadano protegido se transformó paulatinamente en ciudadano vigilado.

Este desplazamiento no fue inocente. La reducción del gasto social y la expansión del aparato de seguridad respondieron también a una lógica ideológica que la globalización neoliberal favoreció: el adelgazamiento del Estado en sus funciones de bienestar y su engrosamiento en sus funciones de orden. El resultado fue un Estado más punitivo y menos solidario, que paradójicamente generó mayor inseguridad subjetiva entre las poblaciones que pretendía proteger.

II. El Estado-Red y sus límites: la promesa incumplida de lo supranacional

Frente a este diagnóstico, algunos analistas como Manuel Castells propusieron el concepto de Estado-Red para describir la nueva arquitectura de gobernanza que estaba emergiendo. La Unión Europea era su ejemplo paradigmático: un entramado de instituciones, gobiernos, regiones y organismos multilaterales articulados en red, donde la soberanía se compartía y se coordinaba en lugar de ejercerse de forma exclusiva.

"Un Estado hecho de Estados-Nación, de naciones sin Estado, de Gobiernos autónomos, de ayuntamientos, de instituciones europeas de todo orden [...] La política real se desarrolla en esa red de Estados y trozos de Estado cuya capacidad de relación se instrumenta cada vez más sobre la base de tecnologías de información." — Manuel Castells

Esta visión era intelectualmente seductora y, en cierta medida, descriptivamente precisa. Pero contenía un supuesto implícito que el tiempo ha puesto en cuestión: que la dirección de la historia apuntaba inevitablemente hacia formas postnacionales de gobernanza. Que el Estado-nación clásico era una etapa a superar, y que las estructuras supranacionales eran el futuro.

Ese futuro no ha llegado —o al menos no de la manera prevista. El Brexit demostró que la integración podía revertirse. Las crisis migratoria, financiera y pandémica revelaron las fracturas internas de la UE y la dificultad de sostener la solidaridad cuando los costes se vuelven reales. Y la guerra en Ucrania, lejos de acelerar la integración, ha puesto de manifiesto tanto la dependencia estratégica de Europa como las profundas divergencias entre sus miembros.

III. Trump y el fin de la teleología globalizadora

Pero el golpe más decisivo a la narrativa del artículo original —y a toda una forma de pensar sobre el orden internacional— lo ha dado un actor que ese análisis no contemplaba: la propia potencia que construyó el orden global decidió desmantelarlo.

La llegada de Donald Trump al poder, primero en 2017 y su regreso consolidado tras 2024, representa algo cualitativamente diferente a los nacionalismos periféricos que el artículo analiza. No es una nación sin Estado la que desafía el orden; es el Estado que fundó ese orden el que lo está deconstruyendo deliberadamente: aranceles, retirada de organismos multilaterales, cuestionamiento de la OTAN, bilateralismo transaccional que sustituye al multilateralismo institucional.

Esto invierte el esquema del análisis anterior. El problema ya no es solo que el Estado-nación resulte insuficiente para gestionar los flujos globales. Es que la globalización misma se ha convertido en campo de batalla geopolítica entre grandes potencias que han redescubierto la soberanía no como anacronismo romántico, sino como arma estratégica: Estados Unidos con sus aranceles, China con su control tecnológico, Rusia con su instrumentalización de la energía y la información.

El "imperio desterritorializado" que describía Giorgio Agamben, donde las mediaciones pasan por las finanzas, los computadores y las multinacionales, resulta que tenía un territorio después de todo. Y ese territorio se está reterritorializando a marchas forzadas. La globalización no ha muerto, pero ha perdido su carácter de destino inevitable para convertirse en objeto de disputa política.

IV. La democracia líquida y el retorno del barro

Bauman acuñó el concepto de "modernidad líquida" para describir un mundo donde las estructuras sólidas —el Estado, la familia, la clase social, la nación— se disuelven ante la velocidad del cambio. La "democracia líquida" que mencionaba el artículo original prometía flexibilidad, adaptabilidad, participación en red. Lo que no anticipaba era que la liquidez tiene también sus patologías: cuando todo fluye, los individuos buscan desesperadamente algo sólido a lo que aferrarse.

Esa búsqueda de solidez es, en parte, lo que explica el retorno de los nacionalismos de Estado en toda Europa y América: la apelación a fronteras

claras, identidades fuertes, comunidades reconocibles. La globalización prometió prosperidad a cambio de desarraigo. Cuando la prosperidad no llegó para todos —o llegó y luego se fue—, el desarraigo quedó sin compensación. El repliegue identitario fue la respuesta previsible, aunque no la más sabia.

Pero junto a estos nacionalismos de Estado han resurgido también, con fuerza renovada, los nacionalismos subnacionales: Cataluña, Escocia, Flandes, Quebec, Euskadi. Y aquí el análisis se complica, porque su situación es paradójica y merece una atención específica.

V. Las naciones sin Estado: atrapadas entre dos mundos

A principios del Siglo XXI todo indicaba que los partidos nacionalistas subnacionales iban a entrar en crisis porque les faltaría "la nitidez del modelo clásico del Estado-nación". Este diagnóstico es parcialmente acertado pero fundamentalmente incompleto.

Es cierto que el modelo clásico del Estado-nación —fronteras delimitadas, sociedad culturalmente homogénea, soberanía plena— está en crisis. Pero las naciones sin Estado no reivindican la independencia porque sean devotas del modelo westfaliano del siglo XIX por razones filosóficas. Lo hacen porque el Estado en el que están integradas no les satisface en términos de autogobierno, recursos, identidad o representación. Su demanda es política y distributiva antes que ideológica.

El problema es que el mundo post-Trump y post-globalización ha hecho su situación simultáneamente más comprensible y más difícil de realizar. Más comprensible, porque en un mundo donde la soberanía vuelve a ser el argumento central de la política, la demanda de autogobierno pierde su carácter de anacronismo romántico. Si los grandes Estados reivindican su soberanía frente a la globalización, ¿por qué no habrían de hacerlo también las naciones pequeñas?

Más difícil de realizar, porque el reconocimiento internacional se ha vuelto más transaccional y geopolítico. La ventana histórica que se abrió con el fin de la Guerra Fría —cuando surgieron decenas de nuevos estados— parece haberse cerrado. Kosovo sigue sin ser reconocido por media Europa. Cataluña no encontró en 2017 ni un solo Estado dispuesto a avalar su independencia. Escocia ve cómo el contexto post-Brexit complica su eventual reintegración en la UE si lograra separarse del Reino Unido.

Estas naciones se encuentran, como escribía Bauman de otra manera, en tierra de nadie: demasiado modernas para el tribalismo, demasiado particulares para la globalización. Demasiado pequeñas para el mundo de las grandes potencias, demasiado cohesionadas para disolverse en estructuras supranacionales que, además, muestran signos de fragilidad.

VI. ¿Qué futuro para las naciones sin Estado?

La pregunta, ¿qué papel para las naciones que no han conseguido convertirse en Estados?, no admite una respuesta simple. Pero sí es posible esbozar algunos escenarios y sus condiciones de posibilidad.

El escenario de la independencia clásica es hoy el menos probable. Exige un reconocimiento internacional que las grandes potencias no están dispuestas a otorgar gratuitamente, y unos costes de ruptura —económicos, diplomáticos, de seguridad— que las sociedades implicadas raramente están dispuestas a asumir cuando se les presenta la cuenta real. El caso catalán mostró que la declaración unilateral de independencia sin apoyo internacional es un callejón sin salida.

El escenario de la integración supranacional —la idea de que las naciones sin Estado encontrarían su lugar en una Europa federal que las emancipara de sus Estados contenedores— tampoco se ha materializado. La UE no está en condiciones ni tiene voluntad de convertirse en el marco de reconocimiento de naciones que sus Estados miembro no reconocen.

Lo que queda, y quizás sea lo más realista, es una tercera vía: la profundización del autogobierno dentro de marcos federales o confederales, negociada y asimétrica, que permita a estas comunidades gestionar sus asuntos con creciente autonomía sin necesidad de la ruptura formal. No es el ideal que muchos independentistas proclaman, pero puede ser la forma más eficaz de traducir la energía identitaria en bienestar real para sus ciudadanos.

El problema es que esta vía exige algo que históricamente ha brillado por su ausencia: voluntad política de los Estados contenedores —España, Reino Unido, Francia, Bélgica— para ceder soberanía hacia abajo, al tiempo que la ceden hacia arriba. Y en un contexto de regreso del nacionalismo de Estado y de desconfianza hacia los procesos de descentralización, esa voluntad es hoy más escasa que nunca.

Conclusión: la historia sin garantías

El análisis de principios del Siglo XXI sobre la transformación del Estado-nación fue un diagnóstico pertinente de una época que ya ha pasado. Su límite fundamental fue asumir una teleología implícita: la marcha inevitable hacia formas postnacionales de gobernanza, hacia Estados-Red, hacia soberanías compartidas y democracias líquidas que disolverían tanto los Estados clásicos como los nacionalismos subnacionales en una nueva síntesis postnacional.

Lo que el mundo de 2026 nos muestra es que la historia no tiene dirección garantizada. El Estado-nación no ha muerto; en muchos lugares está resucitando con una fuerza renovada y, con frecuencia, formas más autoritarias. La globalización no ha desaparecido, pero ha perdido su carácter de destino inevitable para convertirse en objeto de disputa geopolítica entre potencias que han redescubierto la soberanía como instrumento. Y las naciones sin Estado siguen atrapadas en esa tensión: entre un modelo clásico que ya no pueden imitar con credibilidad y un mundo postnacional que prometía acogerlas y que tampoco ha llegado a materializarse.

Lo que la situación exige —tanto a los analistas como a los actores políticos— es abandonar las certezas teleológicas y aprender a navegar la incertidumbre. El Estado-nación no es eterno, pero tampoco está acabado. La globalización no es un destino, pero tampoco puede deshacerse sin costes enormes. Y las naciones sin Estado tienen razones legítimas para sus aspiraciones, pero necesitan estrategias más creativas que la repetición de un modelo independentista que el mundo actual no está dispuesto a validar.

Vivimos, como decía el propio Bauman, en un tiempo líquido. La diferencia es que ahora sabemos que la liquidez no conduce necesariamente a formas más libres y flexibles de convivencia. También puede conducir al caos, a la regresión y al miedo. La pregunta política fundamental de nuestro tiempo no es hacia dónde va la historia, sino qué formas de solidaridad, autogobierno y convivencia somos capaces de construir en medio de la incertidumbre. Y esa pregunta no la responden los modelos teóricos. La responden —o no la responden— los ciudadanos y sus representantes, en cada nación, grande o pequeña, con Estado o sin él.

Javier Batarrita Gaztelu
Abogado